

Alfredo Valenzuela Puelma

ERA en aquellos alegres y dichosos tiempos de nuestros primeros estudios en la Escuela de Bellas Artes. Acababa ésta de ser trasladada de las estrechas y oscuras salas que ocupara en la Universidad, al local independiente en donde se halla hoy día, y era de ver el alborozo de los futuros artistas al encontrarse en casa propia; casa que, por lo demás, ensanchaba el espíritu con sus grandes salas, su amplio vestíbulo y sus vastos patios en donde la yerba crecía libremente. En la actualidad, ese edificio, levantado con el fin de instalar en él una escuela pública, nos resulta inadecuado y sin ninguna buena condición, para el objeto a que se le destina. Pero en la época a que nos referimos, estimábamolo, ya lo hemos dicho, como un palacio suntuoso, como una soberbia construcción, digna de albergar bajo su empinada techumbre de zinc flamante a todos los dioses de la estatuaria griega, que eran, por aquel tiempo, nuestros únicos modelos.

El maestro Mochi, el irreprochable viejecito de cabellera y barba blancas como la plata, había muerto recientemente y la cátedra de pintura, que él desempeñaba con toda la sobriedad y la corrección de un académico, yacía vacante. Esto traía a los alumnos un poco revolucionados. Se pensaba, naturalmente, en el sucesor de Mochi, y hacíase toda clase de conjeturas al respecto. En las conversaciones de taller—esas inolvidables charlas de caballete a caballete—rodaban algunos nombres de probables candidatos. Avalorábase los méritos de ellos, discutíanse sus talentos, criticábanse sus obras y el resultado de todo esto era la formación de verdaderos bandos, que se encargaban de prestigiar al artista de sus simpatías en detrimento evidente del contrario.

Fué entonces cuando oímos por primera vez el nombre de Alfredo Valenzuela Puelma. Se daba por seguro su nombramiento para ocupar la cátedra de pintura. Contaba con grandes simpatías entre los alumnos, sin que esto quiera decir que no hubiera quienes se permitieran tener opiniones muy diversas.

Estos eran los menos, sin embargo. La gran mayoría deseaba ardientemente ser dirigida por aquel renombrado artista, por aquel esquisito pintor de mujeres hermosas, llevándolos este vehementemente deseo al extremo de firmar una presentación colectiva, por medio de la cual pedían al Ministro que se nombrara a Valenzuela Puelma profesor de pintura.

¡Malhadada solicitud! ¡Cuántos sobresaltos nos causaste después, cuando supimos



ALFREDO VALENZUELA PUELMA

que el Gobierno no había oído nuestra petición, estendiendo nombramiento a favor de otro maestro, precisamente a favor de aquel a quien más temíamos! Entonces no nos quedó otro recurso que volver sobre nuestros pasos. Un viejo alumno, por viejo acaso el más diplomático de todos, se encargó de recolectar firmas para un "remitido", en el cual, con muy poca lealtad, pero con bastante sentido práctico, declarábamos que, al

firmar la presentacion en favor de Valenzuela Puelma, no sabíamos lo que habíamos hecho. . .

Mas tarde, la simpatia que nos mereciera la personalidad artistica del autor de la "Náyade", esa simpatia, que no descansaba en ninguna base cierta y si únicamente en las referencias sujestionadoras que acerca del pintor nos hacian nuestros compañeros, hubo de convertirse en franca admiracion.

Fué cuando al visitar el "Salon" de 189. . . — no recordamos la fecha exacta — nos encontramos ante el bellisimo cuadro de Valenzuela "La Perla del Mercado". ¡Qué impresion tan honda nos produjo la contemplacion de esa tela! Comenzaba recién nuestra alma a comprender los sagrados misterios del arte y aquel hermoso cuadro se nos presentó como una revelacion de la belleza.

Muchos, tantos cuantos la hayan admirado, recordarán esa obra llena de encanto, de la cual es feliz poseedor el ilustre poeta don Eusebio Lillo.

El viejo mercader árabe levanta el ténue velo y la esclava desnuda surge como una flor saturada de luz. La vergüenza de verse así espuesta a la ultrajante curiosidad de los que pasan, hace que su cabecita se doble, buscando el refugio del brazo, en tanto que sus mejillas se encienden pudorosamente.

La belleza de este cuadro no reside, como se comprenderá, ni en la originalidad del asunto— pues ella no existe, absolutamente— ni en la composicion, ni en la armonia del conjunto. Todo el encanto de la obra se condensa en la figura de la esclava, y sobre todo, en la coloracion espléndida de su desnudez. Es la carne viva, aterciopelada, suave a la vista y al espíritu.

Es la creacion de un mago. Y es esa, sin duda alguna, la obra maestra de Valenzuela Puelma.



De entonces acá hemos tenido oportunidad de seguir paso a paso la produccion del distinguido pintor. Así nos ha sido posible constatar sus esfuerzos constantes hácia la conquista de la originalidad, dentro de una personal comprension de la técnica, comprension que no peca de abstrusa y complicada.

Por el contrario, el temperamento de Valenzuela Puelma tiende a la simplicidad en los asuntos, en el colorido y hasta en la factura. No hace gala de ser un colorista científico ni tampoco es un derrochador de armonias inéditas.

Sus obras no requieren para ser comprendidas una iniciacion anterior. Puede decirse que es un pintor realista, porque pinta lo que vé, y lo que él vé es lo que vemos todos. Sus retratos no son profundos estudios de psicología pero si fidelísimos trasuntos de rostros

conocidos. Si nos fuera permitido emplear en este caso una denominación aplicable con propiedad únicamente a los literatos, diríamos que Valenzuela Puelma es un pintor descriptivo.

Desde hace algunos años el notable artista se muestra un poco avaro para producir. Sabemos por referencias que su atención está continuamente solicitada por innumera-

bles preocupaciones que no le dejan tranquilidad ni espacio para dedicarse libremente al cultivo de su noble arte.

ZIG-ZAG aprovecha, pues, la ocasión de poder presentar a su público la reproducción de una reciente obra de Valenzuela Puelma, para rendir al laureado pintor el sencillo homenaje contenido en estas rápidas y deslucidas líneas.

GRU.



ESPIRITISMO



- ¿A qué se dedica usted ahora, doctor?
—Al espiritismo, señora.
—¿Y qué es eso?
—A una evocación mía aparece el espíritu que yo quiero.
—Entonces ha llegado usted muy a tiempo, porque se me acabó el espíritu de vino. ¿No podría usted evocarme un par de litros?